

LOS BOSQUES PERDIDOS

Miguel Ángel Villar Pinto

Ilustraciones: Álvaro Busto Castelli



EL REY LEÑADOR

Krosiac el leñador tuvo un día que internarse más de lo acostumbrado en el bosque. Había recibido un pedido para el que, con el fin de satisfacerlo, iba a necesitar talar varios árboles de una especie muy rara y difícil de encontrar. Como se le había prometido una buena suma por ellos, y su situación económica era más bien precaria, sin pensarlo dos veces, aceptó.

Había partido por la mañana temprano y ahora que caía la noche sin haber hallado lo que buscaba, comenzaba a arrepentirse. En esta empresa, contando con la suerte a su favor, invertiría por lo menos dos días más. Uno para talar, y otro para regresar. Comenzó a pensar que no había sido tan buena idea como le había parecido al principio. En cinco días de trabajo corriente, hubiera ganado lo mismo que tras el término de esta aventura.

No se habría cansado tanto ni tampoco correría el riesgo de perderse entre la frondosidad.

—¡Quién me mandaría a mí meterme en este berenjenal! —gruñó el leñador—. ¡Esperemos que al menos no olvide el camino de vuelta!

Mientras buscaba un refugio donde pernoctar, un cuervo negro como el manto de la noche, graznó. Luego, desde lo alto de una rama, se dirigió al leñador diciéndole:

—Aunque cien años pasen, el regalo de un malvado siempre cobra un precio elevado.

—¿Por qué dices eso? —preguntó intrigado Krosiac.

—¡Ten cuidado, leñador! —dijo por toda respuesta el cuervo, quien, tras decir esto, levantó el vuelo y se alejó.

—¡Lo que me faltaba! —suspiró Krosiac—. Es de noche, estoy medio perdido y a los cuervos se les da por formular enigmas. ¿Qué más se puede pedir?

Siguió andando un trecho hasta que le pareció divisar una gruta, parcialmente cubierta por arbustos, en los pies de una pequeña colina.

—Ése será un buen lugar para descansar —se dijo Krosiac—, si es que dentro no se esconde ningún animal.

Así pues, se encaminó hacia allí con el hacha en la mano, preparado para enfrentarse a cualquier sorpresa que pudiera encontrarse, mas no fue precisamente una alimaña con lo que se topó. Allí dentro había un jergón de paja que, por su forma rectangular y tamaño, debía servir de cama, una roída mesa de madera vieja y un cal-

dero al fuego sobre el hogar. Era evidente que la gruta estaba habitada por un ser humano.

Krosiac se adentró un poco más, pues el olor que desprendía aquello que se estaba cocinando le inquietaba, pero antes de que pudiera acercarse lo suficiente, apareció desde lo profundo de la cueva una anciana que con una nariz prominente y ganchuda, una verruga como una baya en la frente, además de una larga pelambreira grisácea y enmarañada, tenía un aspecto realmente desagradable.

—Pasa, joven, pasa... —dijo la vieja mientras tapaba la olla.

Krosiac avanzó con cierta cautela y curiosidad mientras se preguntaba qué podía estar haciendo una mujer de esa edad sola en lo profundo del bosque.

—¿Quién sois, anciana? —preguntó el leñador.

—Tengo muchos nombres y ninguno es fácil de pronunciar, así que creo que ambos nos entenderemos mejor si me llamas simplemente «anciana» —Krosiac, aunque sorprendido por la respuesta, asintió—. Y bien, joven, ¿qué te ha traído por aquí?

—Unos árboles que no logro encontrar —respondió el leñador resignado.

—Tal vez yo podría ayudarte —se ofreció la anciana—. ¿Tienen mucho valor para ti?

—No demasiado, la verdad... —reconoció Krosiac—. Lo tenían más ayer que hoy.

—Entonces, seguramente no valen la pena —señaló



la anciana—, no al menos en comparación al ofrecimiento que quiero hacerte. —Krosiac se extrañó ante estas palabras, e iba a preguntar lo que éstas significaban, cuando la anciana se anticipó y siguió hablando—. ¿Sabes, joven?, últimamente no viene mucha gente por aquí, y cada vez me es más difícil hacerme con lo que necesito. Soy muy buena pagadora. Tal vez te interese hacer un trato conmigo.

—¡Claro...! —afirmó el leñador que, tras pensarlo brevemente, había dado por supuesta la petición—. Si me deja descansar aquí, le traeré lo que necesite de la ciudad.

—No, joven, no —negó la anciana—, creo que no me estás entendiendo. Puedo ofrecerte lo que quieras, a cambio de una cosa.

—¿Lo que quiera? —repitió Krosiac sin encontrar sentido a lo que se le estaba diciendo, a menos que...— ¿Sois una bruja? —inquirió.

—Ahora vas por buen camino, pero no temas —intentó tranquilizarle la anciana—. No tengo intención de hacerte daño.

—Mejor que así sea —le respondió el leñador levantando el hacha y asiéndola con fuerza.

—¿Qué es lo que te gustaría tener? —le preguntó la anciana sin inmutarse ante el ademán violento del hombre.

—¿A cambio de qué? —quiso saber Krosiac.

—De algo que te pediré dentro de mucho, mucho

tiempo...

—Eso no me aclara nada —confesó el leñador.

No obtuvo respuesta, así que Krosiac se detuvo a reflexionar. Antes de articular palabra, se prometió controlar su impulsividad, que tan malos resultados solía traerle. De esta forma, recordó lo que le había dicho el cuervo. Ahora tenía todo su sentido. Lo que había pronunciado no era un enigma, sino una advertencia.

—¿Qué puede querer de mí, de un simple leñador? —se preguntó Krosiac—. Nada tengo que sea valioso, excepto..., mi alma, que no está en venta —declaró con firmeza el leñador; a lo que siguió una sonora carcajada por parte de la anciana.

—Son las almas de los grandes hombres las que me interesan —le contestó ella—, y tú no te encuentras, ni de lejos, entre ellos. Puedes estar tranquilo. No seré yo quien te la pida.

Si no era eso, si conservaría su alma pese al pacto con la bruja, ¿qué podía perder entonces? Decidido a hacer honor a su promesa de ser prudente, estuvo dándole vueltas al asunto, pero no encontró nada de lo que no pudiera prescindir. Sólo podía ganar. Era demasiado bueno como para ser verdad.

—Está bien. Os daré lo que me pidáis, pero recordad que no será mi alma —recalcó Krosiac.

—Bien sé lo que necesito, y nada tiene que ver con eso —ratificó la anciana satisfecha—. Y bien, ¿qué es lo que quieres?

—Un reino próspero, y ser yo quien ostente la corona —pidió resuelto Krosiac.

—Nada más sencillo —le contestó la anciana—. Cerca de aquí hay un río. Síguelo y tendrás lo que has deseado. Hoy dormirás en la alcoba de un magnífico castillo.

Krosiac localizó pronto el río y tal y como se lo había indicado la anciana, siguió su curso. Poco tuvo que andar hasta que divisó, a media legua de distancia, las sólidas almenas de un gran baluarte. Se puso en camino hacia allí con paso lento, no porque estuviera fatigado, sino porque un mar infinito de dudas le asaltaban.

—¿Será éste el reino que me prometió la bruja? ¿Y si no es así y me presento como el soberano? A menos que me tomen por un bufón, me ahorcarán, eso seguro. Tal vez debería esperar a ver la reacción del centinela; ¿pero aguardaría un monarca a que un soldado le reconociera para pedir acceso a su fortaleza?

Y cuanto más profundizaba en éstas y otras cuestiones de idéntica naturaleza, menos seguro se sentía. Ya cerca, pensó en volver atrás, pues por encima de todo, ¿cómo iba a fingir ser de la más alta nobleza, si no era más que un sencillo leñador? Pero justo cuando se detuvo, indeciso y vacilante, escuchó una voz que, desde lo alto de la muralla, rasgó el silencio de la noche:

—¡Atención! ¡Abrid la puerta al rey!

Al instante, el rastrillo comenzó a izarse, y Krosiac sintió pánico, pues imaginó a un centenar de caballeros

saliendo al galope. Saldría muy mal parado si se encontraba en medio de su camino. Dio un paso atrás.

—¡Aprisa! ¡Debe estar muy débil! —advirtió la voz.

Varios guardias acudieron y, viendo a Krosiac pálido y rígido como un muerto, se apresuraron a sujetarle por los brazos al tiempo que llamaban al médico.

Rápidamente fue conducido a unos aposentos que, ciertamente, bien podían ser los de un rey. Magníficas alfombras, bellos tapices, coloridas cortinas, enjorados candiles, muebles de madera noble tallados con delicadeza, y un lecho de grandes proporciones cubierto por suaves y delicadas pieles, adornaban la estancia, que era enorme.

El médico le preguntó en varias ocasiones a Krosiac por su estado, pero éste no contestó ni una sola vez. Tan impresionado estaba que, aunque se hubiera atrevido, no hubiera podido emitir sonido alguno. El silencio fue interpretado como un síntoma de desfallecimiento, por lo que el médico recomendó que se le sirvieran alimentos calientes, pero fáciles de digerir, y que luego le dejaran descansar.

Así se hizo, y Krosiac llenó su estómago como nunca lo había hecho. Jamás había saboreado manjares como aquéllos. Si en cierto momento prefirió no seguir comiendo, fue más bien por temor a llamar demasiado la atención que por falta de deseo.

En tan idílicas circunstancias, no tardó en conciliar el sueño, diciéndose que, pasara lo que pasara al día

siguiente, lo vivido esa noche bien habría valido la pena.

A media mañana, Krosiac se despertó con una amplia sonrisa de felicidad dibujada en su rostro. Esa expresión le acompañaría durante mucho tiempo, pues el médico, que le visitó de nuevo y le vio mejor, le dijo:

—Majestad, por vuestro bien os ruego que la próxima vez que vayáis de cacería, no os alejéis tanto de vuestro séquito. Nos habéis dado un buen susto.

Con esta recomendación, Krosiac aclaró todas las dudas que tenía. Era rey, y nada en su conducta en la noche anterior podía ser causa de sospecha pues, como el mismo médico indicó, había pasado varios días perdido en el bosque. No obstante, durante un tiempo se comportó con cautela, observando bien las reacciones de los demás ante él; pero una vez comprobó que nada de lo que decía o hacía extrañaba a nadie, se dedicó con entera libertad a disfrutar de su inmejorable situación. No sabía cómo lo había hecho, pero la bruja le había dado mucho más de lo que había imaginado.

De este modo transcurrieron varios años, en los que banquetes y fiestas se sucedieron sin cesar, y fácilmente ayudaron a Krosiac a olvidarse por completo de aquel encuentro en la gruta del bosque. Mas lo volvió a recordar cuando conoció a una hermosa dama, de la que se enamoró irremediamente.

—¿Y si es ella lo que quiere la bruja? —se preguntaba Krosiac, muy a su pesar, cuando pensaba en pedirle la mano—. Me moriría de pena, y nada de lo que aquí

tengo me serviría de consuelo. ¿Qué puedo hacer?

Pese a todo, Krosiac decidió arriesgarse, aunque esta decisión le causó más dolor que felicidad. Tanto sufrió en los días previos al enlace, y más aún durante la ceremonia, que pronto comenzó a circular el rumor de que el rey, sin necesidad de ello, había concertado un matrimonio de conveniencia. Pero lo peor es que, la que se convirtió en su esposa, también comenzó a creerlo, pues se mostraba muy distante con ella.

¡Cuántas veces le hubiera gustado a Krosiac poder confesarle su secreto! Pero no podía hacerlo. Había comprendido el alcance que podría llegar a tener su pacto con la bruja, y sólo a él le correspondía llevar esa carga. Así que, cuanto más profundo era su amor, más pesado era su retrainamiento. Cuando nació su primera hija, llegó incluso a recluirse en soledad durante un largo periodo de tiempo. No acudió a su bautizo, ni tampoco celebró su primer cumpleaños.

Nadie comprendía la anormal conducta del rey. Ni siquiera él mismo la entendía a veces. Lo único en lo que pensaba era en que, cuanto más amara algo, más lo codiciaría la bruja, y sería eso precisamente lo que vendría a reclamarle. Por ello, imponía duras pruebas a su corazón, intentando endurecerlo, amar sin amar. Creía que éste era el único modo de evitar un triste desenlace.

En este estado de cosas, nació su segunda hija, y el temor de Krosiac aumentó. Rebeca era de carácter abierto y travieso, al contrario que su hermana mayor,

seria y sosegada, por lo que a medida que fue creciendo, más le costaba al rey aguantar la explosión de felicidad que inflamaba su corazón cuando la oía jugar, corretear y reír por los pasillos. Irradiaba alegría a su alrededor, disipando la atmósfera fría y seca en la que había sido educada, y en la que su hermana, desgraciadamente, había quedado atrapada.

En medio de esta lucha interna entre el amor que sentía y la necesidad de minimizarlo, fueron pasando los años hasta que cierto día, un apuesto príncipe se presentó ante Krosiac para pedirle su bendición, ya que deseaba casarse con Rebeca. En el interior del rey se produjo una doble reacción, de consuelo y pesar, pues aunque ella estaría a salvo, también era cierto que la extrañaría demasiado.

Llegó el día señalado para la unión, y para sorpresa de todos, Krosiac se presentó.

—Sucedá lo que suceda, no puedo perderme un día tan importante —se había dicho.

Esta determinación llenó de gozo a la risueña Rebeca, quien fue acompañada al altar por su padre, aunque a éste le costó lo indecible hacerlo. Tenía la convicción de que la bruja aparecería en cualquier momento para detener la ceremonia y llevarse a su bienamada hija; y a esto temía por encima de todo.

Sin embargo, la boda transcurrió con tranquilidad. Krosiac suspiró aliviado cuando vio marchar a Rebeca con su marido en dirección a su nueva residencia.

—Por mucho que intenté evitarlo, te amé con todo mi corazón, hija mía —dijo Krosiac viendo perderse a la carroza en el camino—. Tal vez me haya equivocado. Perdóname.

Y tenía que ser así, ya que nada hasta ahora hubiera desgarrado más su vida que entregar a Rebeca a otras manos. Así pues, Krosiac intentó enmendar el mal que había causado y dejó fluir con libertad el cariño que profesaba por su esposa y primogénita, mas no le resultó sencillo. Su carácter se había agriado.

A pesar de ello, su cambio de actitud se hizo patente, y buenos tiempos comenzaron a florecer otra vez en el castillo. El clima había variado ostensiblemente cuando la familia se vio de nuevo incrementada. Rebeca había dado a luz a una niña preciosa que, en brazos de su abuelo, recibió el nombre de Berisa bajo el agua del primer sacramento.

Berisa resultó ser igual que su madre, vital y alegre, y Krosiac se volcó con ella desde el primer momento. A ella le daría todo lo que le había negado al resto de su stirpe. En momentos puntuales sentía vértigo, ya que no había conseguido olvidarse del todo de la bruja, pero no se dejó arrastrar por sus divagaciones y disfrutó viendo hacerse mayor a su nieta.

No obstante, cuando Berisa cumplió diez años, una extraña enfermedad se adueñó de sus padres y de su tía. Poco después, los tres fallecieron. Triste fue enterrar a sus seres queridos, pero mayor fue la pena que

experimentaba Krosiac al ver a su nieta desconsolada. Se dedicó a ella en cuerpo y alma, sin dejarla sola ni un instante, protegiéndola y animándola en todo momento. Ella era la última de sus descendientes, y lo más bello y preciado que tenía en el mundo.

Cierta mañana, cuando fue a buscar a la niña para desayunar, vio que no estaba en su cuarto. Le extrañó. «Quizá haya ido a la habitación de su abuela» pensó, pero comprobó que no era así. La buscó por los corredores, el patio, las torres, sin encontrar rastro alguno. Preguntó por ella a cortesanos, sirvientas y soldados, y todos le dijeron lo mismo:

—No la hemos visto.

Comenzó a gritar su nombre, cada vez más nervioso.

—¿Dónde estás, Berisa? ¡Berisa!

Inmediatamente se organizó una batida para registrar la fortaleza de arriba abajo, y acto seguido, las tierras de los alrededores, aunque sin mucha esperanza, puesto que el rastillo había permanecido bajado y el puente levadizo recogido toda la noche y la mañana, y era imposible que hubiera salido por sus propios medios.

No pudiendo creer lo que estaba pasando, Krosiac tomó sus armas y salió escoltado por la guarnición a toda velocidad hacia el lugar donde suponía que la encontraría; pero la gruta estaba vacía. Desesperado, dedicó el resto de sus días a buscar a su amada nieta, la única heredera de su linaje, sin la que toda su vida y esfuerzo

carecían de sentido, pero nunca la encontró.

En su lecho de muerte, con abundantes lágrimas en los ojos, pronunció una frase incomprensible para los que velaban por él. Tras ello, exhaló su último aliento.

—¡Cuánta razón tenías, cuervo!